

Erick Blandón Guevara

Sobre Autoridad/cuerpo/Nación. Batallas Culturales en Nicaragua (1930-1943)

de Juan Pablo Gómez

University of Missouri-Columbia, EE.UU.

blandone@missouri.edu

Pablo Antonio Cuadra tomó al vuelo la política en sus Escritos a Máquinas y editoriales de La Prensa, y, durante mucho tiempo con su prosa, aguda y certera, además de bella, penetró el corazón de la vida nacional. Su enfoque hispanista y cristiano, es esencia de su pensamiento y desde esta perspectiva, podríamos decir, objetivo teleológico de su reflexión política. Pero la política, a pesar de sus numerosos encuentros y desencuentros con ella, de sus preocupaciones y ocupaciones ideológicas, no fue, creo, el tema principal dentro de sus predilecciones intelectuales. En ella puso más su ingenio que su genio, orientado, sobre todo a la creación poética y al ensayo antropológico. En aquel terreno, su forma de expresión, fue el artículo sobre lo concreto y cotidiano, no exento, por supuesto, del enfoque ideológico que durante una época le fue propia.

Alejandro Serrano Caldera

El epígrafe me sirve para mostrar el enmascaramiento frecuente con que las figura más conspicuas de las instituciones culturales nicaragüenses se refieren al pensamiento y acción política de Pablo Antonio Cuadra desarrollados hacia la década de los años treinta cuando militaba en el Movimiento Reaccionario. El rodeo y las figuras oblicuas como las perífrasis edulcoran una escritura conflictiva de la que tratan de distanciarse como si fuera brea ardiente,

pero que es imposible no rozar cuando aluden a la obra de quien ocupa por derecho propio el pedestal de constructor de la llamada identidad nicaragüense, que a coro ha hecho suya y promovido la vieja guardia académica. Al contrario, Juan Pablo Gómez en su libro *Autoridad/Cuerpo/Nación. Batallas Culturales en Nicaragua (1930-1943)* hace una cumplida lectura de las fuentes que dieron origen a los patrones sobre los que se fundó en Nicaragua la heteronormatividad de la que emergió la figura del hombre fuerte que dominara la vida del país entre 1936 y 1979, y cuya esencia se concentra en dos libros de Cuadra: *Hacia la cruz del sur* (1938) y *Breviario imperial* (1940) los cuales, sobre todo el primero, examina con atención y agudo sentido crítico.

Gómez organiza su contenido en cuatro partes, dividida cada una en dos cortos capítulos, correspondiendo la primera a un acercamiento al Movimiento Reaccionario integrado principalmente por los intelectuales católicos quienes, vinculados en su mayoría a la elite oligárquica se formaron bajo el alero tutelar de la Compañía de Jesús, y lanzaron el Movimiento de Vanguardia, en Granada después de la segunda mitad de la década de los veinte; los a sí mismos llamados reaccionarios y sus grupos afines sentaron en más de una década las bases culturales para el establecimiento de una autoridad fuerte y duradera que ordenara el caos en que había caído la sociedad, según ellos, a consecuencia de la ruptura del imperio español en América, el cual se buscaba restaurar con el aliento de la victoria de Franco en España. El autor hace su análisis en esta parte, principalmente, a partir de los escritos de varios reaccionarios aparecidos en publicaciones periódicas y la selección de textos recopilados en el libro *Anhelos, bajo el signo de Santiago*, publicado en 1941. En suma, ahí lo que se estudia es el legado de los conquistadores y los usos coloniales, que para los reaccionarios estaban en el origen de lo que más tarde fijarían como la identidad mestiza nicaragüense, excluido el pasado indígena, en una operación reduccionista de la historia, la cultura y geografía de Nicaragua al área hegemónica del Pacífico.

En la segunda parte “Autoridad cultural – Pablo Antonio Cuadra”, Gómez ilumina el reclamo de sangre que hace Cuadra como heredero legítimo de los conquistadores y de los

criollos, que levanta la espada , “arma de la hispanidad”, por su empuñadura, que es la cruz “arma de la catolicidad” (Cuadra 10), para rempender la reconquista del imperio hispano-cristiano, perdido a causa del positivismo y el liberalismo del siglo XIX, que dieron origen a la ruptura de un orden arcádico de trescientos años de imperio en el que, en palabras de Cuadra, “Nosotros no éramos colonias de España. Éramos parte de un imperio. En el imperio todos los miembros son iguales y la cabeza dirige” (18). En el uso de la primera persona del plural incluye a los que se declaran hijos de los conquistadores, y por esa herencia reclaman el imperio conquistado (Cuadra 17) sobre la barbarie indígena. En mi opinión ésta es la parte crucial del trabajo de Gómez. Trabajos anteriores como los citados y discutidos por el autor tanto de Pérez Baltodano, y Gobat son sin trámite de duda básicos para la comprensión del periodo histórico abordado. No obstante, aquí Gómez emprende hasta donde alcanza mi limitado saber, una de las primeras lecturas contemporáneas del proyecto político, visto como la episteme de la que parten las coordenadas que van a definir el modelo de autoridad que marcaría indeleblemente a la cultura en Nicaragua tanto en el ámbito religioso, como en el político y militar, pasando por la familia y los roles de géneros; el autor centra su lectura en el libro de Pablo Antonio Cuadra *Hacia la cruz del sur* (1938) que junto con *Breviario imperial* (1940), fue sacado de circulación desde la década de los cuarenta por decisión del propio Cuadra, y en los cuales puso, con el ímpetu veinteañero, los cimientos de un proyecto político fundado en la autoridad aristocrática atribuida al conquistador español; porque en la economía imperial de Cuadra, “el conquistador es el único que sabe qué es bueno y malo para el pueblo. Está para mandar y el pueblo para ser saciado en su ‘sed natural’ de ser mandado, pues es su única manera de entendimiento.” (Gómez 126). Ahí se muestran las opciones que el contexto internacional les ofrecía a los reaccionarios como modelo de autoridad: la del caudillo, que para Cuadra, era la figura que mejor encajaba en la cultura nicaragüense; y en la elección del modelo a seguir optó por el de Francisco Franco, frente a la figura de Víctor Raúl Haya de la Torre, que carecería del talante de conquistador, condición constitutiva del liderazgo a erigir en Nicaragua. Aquí, Gómez muestra la operación intelectual de los reaccionarios que terminó en la designación de Anastasio Somoza García,

entonces director de la recién fundada Guardia Nacional, como líder que enrumbaría a la nación a una era de orden y paz; pero esa operación cultural terminó por reforzar la concepción de la política como terreno gobernado “únicamente por hombres de armas” (Gómez 15) que, tan pronto como en 1940, enjuiciaría por traición y encarcelaría a los mismos que la concibieron, Cuadra y José Coronel Urtecho (ver Arellano 88-90).

En la tercera parte, “Cuerpos católicos”, expone la visión teocrática del discurso católico y patriarcal de autoridad sedimentado a partir del magisterio de la Iglesia, para producir “ideales regulatorios que configuraron ciudadanías en la Nicaragua de finales de la década del treinta e inicios de los cuarenta” (Gómez 142); el autor resalta el tono admonitorio de la voz de los obispos –a través de un memorándum, publicado bajo la figura colegiada de la Provincia Eucarística de Nicaragua–, en los debates previos a la erección de la autoridad fuerte que estaba en construcción. En ese documento el episcopado recuerda que la soberanía política deriva de Dios y por tanto la obediencia a la autoridad constituida sería ineludible, aun cuando dicha autoridad se erigiera de hecho, y declaraba un error el considerar que “la Soberanía reside en el Pueblo y que el Pueblo es la fuente de toda Autoridad” (Gómez 150); igualmente exhortan a los legisladores constituyentes y al presidente Somoza García, a definir de nuevo a Nicaragua “como un estado católico” (147), al confrontar a los sectores letrados liberales en el hervor del debate sobre si eliminar o no la doctrina católica de los programas de educación pública, batalla que al final perdieron los señores obispos. Otro material que estudia el autor en esta parte son algunas de las publicaciones de organizaciones juveniles como *Juventud*, y *Azul Blanca*, la primera auspiciada por la Congregación Mariana de Jóvenes Varones y la segunda por Sección Femenina de Acción Católica, ambas de la ciudad de Granada. Tales revistas trabajan la ingeniería del cuerpo masculino y femenino desde la castidad configurativa de un modelo de ciudadanía que seguía reservando a los varones privilegios patriarcales y a las mujeres la sedimentación de la autoridad masculina (ver 185), reforzada por el patrón de infinita capacidad de humildad y sacrificio asignado, según el modelo mariano de semidivinidad, superioridad moral y fuerza

espiritual implantado en América, y estudiado aquí a partir del texto seminal de 1973 de Evelyn P. Stevens.

Cierra el libro la cuarta parte, dedicada a los “Cuerpos militares”, en la que analiza los diseños de un nuevo sujeto, el oficial de una institución militar que, como observan Deleuze y Guattari, al apropiarse de ella el Estado no “cesará de plantearle problemas” (362); y es en la higiene y el discurso patriótico en lo que los constructores del oficial modelo para la GN fatigan mayormente, así contrastan lo que debe ser el oficial de la nueva institución, que tiene como contrapartida el modelo del Ejército Defensor de la Soberanía Nacional de Sandino, el cual una vez aniquilado pasa a ser comprendido, “bajo la forma de lo negativo” porque, como apuntan Deleuze y Guattari, no debe dejarse subsistir nada que sea exterior al Estado (362). El autor establece apoyado en Judith Butler que la intención de disciplinar al cuerpo, no tuvo como finalidad sino ser soporte y agencia de una autoridad militar y moral en proceso de consolidación (ver 224); y con ese fin se configura un rostro por el cual deben circular las líneas de subjetivación. Con mucha destreza Gómez recurre a la máquina de rostridad de Deleuze y Guattari para fundamentar su análisis de los modelos fotográficos, que no son otros que los rostros del Director y el Sub-Director de la GN, varonilmente acicalados dentro de impolutos uniformes, los cuales vienen a ser el rostro en “el agenciamiento mismo del poder que produce el deseo” (Gómez 212) sedimentado por las publicaciones militares que estaban en la misma labor de los intelectuales católicos de configurar “un hombre y ciudadano nicaragüense” (211).

Por todo lo anterior pienso que este libro puede postularse como agenda para un debate a varias bandas y con diferentes interlocutores de una reflexión urgente sobre el origen y fundamentación fascista de la concentración absoluta del poder en los aparatos del Estado, y el de la figura de un hombre fuerte controlando de manera total las actividades de la ciudadanía. La autoridad fuerte de Somoza García partió, según demuestra Gómez, de una concepción teocrática a la que dio lugar el amalgamamiento del catolicismo y nacionalismo enarbolados por la élite intelectual que apuntalaba al fascismo reinante en la Europa de Hitler, Mussolini y Franco. El impacto de esas ideas en el país se vio concretado en la Constitución de 1939 (ver Gómez 153), la

que además de establecer en el artículo 201 del Título VI, concerniente al Poder Ejecutivo, que el titular de éste “es Jefe del Estado y personifica a la Nación” (Esgueva 622), le otorgaba preeminencia sobre los demás poderes y fuerzas del orden, según establece en el Capítulo II (ver Esgueva 624-630).

La postulación del mestizaje como identidad cultural nacida de la armonía racial falsamente promovida desde la metrópolis, es una tersura que encubre la violencia epistémica tratada antes por autores que van de Martínez Peláez, a Ileana Rodríguez, Leonel Delgado Aburto y quien esto escribe. El tema no se agota, Gómez acertadamente echa en falta para el estudio de Nicaragua un acercamiento al mestizaje desde la violencia de género como el que para el caso andino realiza Silvia Rivera Cusicanqui (ver Gómez 57), pero que él mismo deja pendiente. En lo personal, desde 2011 he ampliado la discusión del tema como instancia promiscua de transgresión y violencia hasta imponerse como poética del mestizaje en el discurso cultural hegemónico. Pienso también que la sola reflexión sobre la construcción de la masculinidad hegemónica desde los ámbitos católicos y militares es un aporte a los estudios de género que abre la posibilidad de poner en común las grietas por donde se rompe el referente normativo que dejan fluir las disidencias cuestionadoras de la solidez de dicha construcción.

Pero si hubiera que señalar un punto que demanda más profundidad es el de “la protección de la familia heterosexual como núcleo de la sociedad” que supuestamente habría solicitado al Estado, igual que en México, “la institución eclesiástica” (170). Uno no logra visualizar en el contexto histórico discutido otras formas de familias diferentes a la heterosexual como opción a la pareja formada por un hombre y una mujer. En repetidas ocasiones el autor se refiere a la institución del matrimonio heterosexual como institución católica, lo cual es una verdad incontrovertible como una catedral, el problema es que aparece como una entre otras opciones a elegir; así que, para mí mejor entendimiento de lo discutido, pienso que hace falta ahondar en la materia y así evitar que el tema quede como un verso suelto. Uno infiere que lo que Gómez trata de explicar es que el modelo de matrimonio monogámico centrado en el patrón reproductivo de la familia compuesta por un casto esposo y una sacrificada madre, bajo parámetros legales y

religiosos, excluye a las familias monoparentales, a los hijos fuera de matrimonio, o no reconocidos y deslegitima las relaciones de hecho o extramatrimoniales tan comunes en la cultura patriarcal; lo cual a mi entender es un asunto de otra índole, no relacionado con la familia no heterosexual.

Beltrán Morales en 1968, exhortaba a las generaciones del futuro, para que emprendieran “una revisión totalizadora de la cultura” (97). Con su trabajo lúcido Gómez hace parte de la creciente nómina de estudiosos que han hecho suyo aquel desafío y tomado distancia de la autocomplaciente tradición académica nicaragüense. Morales lo planteaba en el homenaje póstumo a Fernando Gordillo, cuando hacía un deslinde de lo hecho al principio de los sesenta por el frente cultural Ventana que encabezaran Gordillo y Sergio Ramírez y la llamada Generación Traicionada, a la cual había pertenecido Morales y de la que se apartó por considerar que aquello “que comenzó como un prometedor acto de rebeldía juvenil, desembocó en una desvergonzada renuncia senil” (95) al abrazar los valores “del catolicismo y la tradición” (95). El gesto de Beltrán Morales que interpelaba el discurso colonial y fascista de las principales figuras del Movimiento de Vanguardia, José Coronel Urtecho y Pablo Antonio Cuadra, supuso la primera gran ruptura dentro de la “armónica” tradición letrada intergeneracional cultivada por los vanguardistas y sus seguidores, de la que Morales devino su más aguzado disidente (ver Blandón, “La ruptura”). La lectura del texto de Juan Pablo Gómez a uno le deja muchas interrogantes, como ocurre con las buenas obras; de ellas la que más me inquieta es la cuestión de actualidad relacionada con la materia del libro y me obliga a interrogarme si es preferible dejar en paz la retórica sibilina de la vieja guardia académica o confrontarla abriendo un foro en el que se discuta el despertar de un pensamiento y una acción políticos que Pablo Antonio Cuadra, en lo que Morales llamó “juegos de mano de la reacción” (97) habría estratégicamente guardado a buen seguro en espera de tiempos propicios para el regreso mesiánico del espíritu conquistador. Pienso que la materia está dada, *Autoridad/Cuerpo/Nación. Batallas Culturales en Nicaragua (1930-1943)* ha abierto ese debate, seguramente a él van a concurrir otras voces que iluminaran aún más la cuestión.

No puedo cerrar, alas, esta reseña sin marcar las evidentes fallas debidas a la falta de trabajo profesional de un lector en el proceso de edición del libro que verificara, manual de estilo en mano, las citas y las fuentes bibliográficas, una tarea que no puede hacer jamás el corrector de la computadora, pues en varios capítulos hay referencias incompletas y en la bibliografía no se incluyen a por lo menos seis autores citados. El dato de las fuentes no es menor en la investigación, por eso en la revistas y editoriales profesionales contratan a expertos exclusivamente dedicados a esta área central del trabajo de edición. El IHNCA-UCA puede mejorar su admirable labor de difusión profesionalizándose en este campo, lo agradecerán sus lectores y autores.

Gómez, Juan Pablo. *Autoridad/Cuerpo/Nación. Batallas Culturales en Nicaragua (1930-1943)*. Managua: Instituto de Historia de Nicaragua y Centroamérica (IHNCA-UCA), 2015. 240 págs.

Bibliografía

Arellano, Jorge Eduardo. *Tacho Somoza y su poder (1933-1956)*. Managua: JEA Editor, 2016.

Blandón, Erick. “La ruptura con la tradición literaria: un compromiso ético. Beltrán Morales, el gran disidente”. *Confidencial* 17 de julio 2016.

Blandón, Erick. *Discursos transversales. La recepción de Rubén Darío en Nicaragua*. Managua: BCN, 2011.

Cuadra, Pablo Antonio. *Hacia la cruz del sur*. Buenos Aires: Comisión argentina de publicaciones e intercambios, 1938.

Deleuze, Gilles, y Félix Guattari. *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*. Trad. José Vázquez Pérez. Valencia: Pre-Textos, 1997.

Esgueva Gómez, Antonio. *Las constituciones políticas y sus reformas en la historia de Nicaragua*. Managua: IHNCA-UCA, 2000.

Morales, Beltrán. *Sin páginas amarillas. Malas notas*. Managua: Editorial Vanguardia, 1989.

Serrano Caldera, Alejandro. “Prólogo. PAC maestro del pensamiento y la palabra.” Pablo Antonio Cuadra. *Ensayos I*. Managua: Fundación Vida, 2003.